

LA PATRIA

DIARIO DE LA TARDE

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid, mes, una peseta.—Provincias, trimestre, 5.—Antillas españolas y extranjero (unión postal), trimestre, 10.—Filipinas y demás países, trimestre, 12,50.—El pago adelantado, remitiendo libranzas, cartas-órdenes ó talones de los destinados al pago de la prensa periódica.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Nacionales, 50 céntimos de peseta la línea en la cuarta plana. Extranjeros, 75 ídem de íd. id. Precios convencionales para anuncios y comunicados á los suscriptores y empresas industriales. No se devuelven los originales.—La correspondencia al Director de este periódico.

Madrid 15 de Mayo de 1889.

¡EH! ¡AL SANTO, AL SANTO!

Alguna vez se ha de echar una cana al aire.

Ello parecerá un pretexto para no trabajar en serio, abandonando, siquiera sea por un día, la enojosa tarea de apuntar los defectos de nuestra administración peninsular é insular; pero á fuer de galantes, y no olvidando los sagrados deberes que la hospitalidad impone, debemos dedicarnos á los forasteros que con su visita nos honran.

Para todo el mundo es el día del Santo un día de juerga, y no hemos nosotros de desentonar el cuadro.

Con que... caballeros redactores, manos á la obra, riamos un poco y lancémonos pluma en ristre al campo de la sátira; todo ello es cuestión de cuatro plumadas... ¡y á la praderal!

¡Al Santo, al Santo!

¡Oh, felicísimos cajistas! Hoy no habrá apuros de última hora, y apenas si tendréis que componer algún que otro nombre político de esos que fatigan diariamente vuestro aparato visual, y ennegrecen (hablo de los tipos de imprenta) vuestros dedos consagrados al trabajo.

Pasad la tarde lo más alegremente posible, y mañana... Dios dirá.

EL DIRECTOR.

SAN ISIDRO

Todos hablan de la fiesta.

Pocos del Santo.

¿Es mengua de fe, ó sobra de distracción? ¿O es que los santos han envejecido, y no cabe ya el grave y dulce perfil de sus imágenes en el ambiente de nuestros escpticismos? Tal vez sea únicamente porque no se aciera á decir en el idioma del día lo que es un santo, y huye el pueblo de la monotonía de los panegíricos de encargo.

De otro modo no nos podríamos explicar el que este siglo, que aplaude la caridad, ensalza el trabajo productor y paciente, reparte premios á la virtud y echa flores á las víctimas del deber, aparente no ver ya ni admirar todas estas cosas, bellas y buenas en sí, cuando vienen á formar la corona de un hombre cuya estatua colocan los católicos en sus iglesias.

Lo cierto es que para pensar ó hablar de santos, lo mejor es recordar como de ellos nos habló por vez primera, allá lejos, muy lejos, en los encantados días de la infancia, cuando la madre—aquella madre que ninguno olvida—cogiéndonos en sus brazos y mirando profunda y amorosamente euestra pupila como para hacer pasar hasta el alma la lección con la mirada, llevó al «pequeñuelo» ante la imagen de algún santo, y arrodillados ambos á sus pies, él escuchando, muy abiertos sus ojos leales y limpios, ella narrando pausada y sencillamente como narrar sueñen los sinceros, se oyó algo parecido á la historia que sigue, y es la de San Isidro Labrador, patrón de Madrid.

Nació hace ochocientos años, en una pobre ranchería de Castilla la Nueva. España peleaba entonces por su unidad contra el moro y el judío, contra el alfanje y la codicia, ó como dirían en términos modernizados contra la invasión y el capital.

Dividiase el pueblo fiel y sano en dos clases: la de los guerreros, que daban la sangre para amparar al labrador, y la de los labradores, que daban el pan al guerrero. Unidas estrecha y fraternalmente estas dos clases iban reconquistando á una la libertad y el suelo. ¡Doble y santa labor de la espada y del arado que había de vencer á la postre la tremenda coalición de los dos Semitas invasores, del hijo de Agar y del hijo de Sara, é iba formando lentamente el pueblo español del porvenir, el pueblo compacto, caballeresco y trabajador de la gran monarquía católica.

Isidro, como todos los humildes, quiso servir, y como todos los mansos de corazón prefirió sufrir trabajando á sufrir peleando: no fué soldado. Fué criado y labrador. La Iglesia, que es la mejor escuela de democracia que haya conocido el mundo, ha colocado aquel criado en los altares, y llamado los Reyes á hincarse de rodillas ante esta miseria glorificada.

Nada en la existencia del Santo que salga de lo usual y trillado; su vida es la del común de los labradores;—matrimonio, trabajo constante y duro, reprensiones injustas del amo, envidias y chismes de pueblos en torno á sí y contra su familia, pruebas, sufrimientos y al fin... la muerte—en una palabra, el marco que suele engastar los días del bracerío.

Pero dentro del marco humilde, ¡qué cuadro!

Aquel labrador castellano tiene el corazón

de Vicente de Paul, y vibra en su alma la poesía como en la de Francisco de Asís. Ana á los pobres hasta el completo olvido de sí, y Cristo multiplica en sus manos la limosna, como multiplicara un día el pan y los peces en el desierto. Su fe, robusta á la par de la de su siglo, hace milagros de caridad, como aquel siglo XII hacía milagros de heroísmo. Es el Cid de la ternura cristiana.

Esta virtud raya en él hasta los límites de lo exquisito. Y á los lectores que conocen los incomparables estudios de Ozanam sobre poetas franciscanos, y á los que saborear saben lo que la Italia de los primitivos escribió de más sentido en el arte delicado de pintar cuadros de la Naturaleza, pido en obsequio á aquel arte, y en obsequio al Santo, lean lo que nuestros antiguos agiógrafos tienen escrito sobre la caridad de San Isidro para con las avejillas del campo, sobre el milagro de la fuente, sobre paso de las aguas por su esposa Santa María, y en fin, sobre todo lo que constituye el color y la luz, lo íntimo, elevado, sobrenatural de aquella sabrosa y amable figura de Santo.

Y calcule después el lector la intensidad de *sentiment* que puede inspirar á un labrador el cristianismo.

Los *blasés* que sigan este consejo, me dispensarán tal vez, en gracia del deleite que les proporcione la lectura, el haberles hablado del Santo... santamente.

EL MONJE.

POLÍTICA DEL SANTO

Sacrilegio parecería llamar política del Santo á la política que ahora se usa, no explicando el sentido que tiene la frase.

Explicémoslo.

Las romerías se establecieron para honrar y venerar á los santos; pero la imperfección humana, poco á poco, las convirtió en ferias. Creciendo cada día los defectos y los vicios de los hombres, dicho sea sin licencia de los que creen en el progreso indefinido, siendo la humanidad cada vez más mala, porque cada vez se aparta más de la ley de Dios, las ferias se han ido convirtiendo en exposiciones de mentiras, donde van los hombres á engañarse unos á otros, y donde apenas vende nadie más que objetos falsificados.

Y es natural que así suceda.

Roto el freno del séptimo mandamiento del Decálogo, si no engaña un tendero á sus parroquianos ó compradores habituales, es por temor de que cambien de tienda; pero en la feria, á los compradores de casualidad, que Dios sabe si volverán á otro año, los engaña sin reparo ninguno.

Por eso, viniendo á la romería de San Isidro, que se ha convertido en feria como las demás, apenas se vende allí cosa que no sea falsificada.

El zapatero hace expresamente para la feria zapatos con suela de cartón, como si los hiciera para una contrata del ramo de penales, y los llama *zapatos del Santo*.

El confitero en nueve en un baño de azúcar reboja de pan duro y los llama *dulces del Santo*.

El tabernero vende con el nombre de *vino del Santo* un vino, llamémosle así, que no tiene otra cantidad más que la de haber sido bautizado repetidas veces.

El cafetero vende por *café del Santo*, agua de gamones.

Y hasta los sobrinos de la tía Javiara, de Fuenlabrada, que fué una especialidad en hacer rosquillas, venden ya como *rosquillas del Santo*, una masa sucia de salvados y huevos bueros, recubierta con baño azúcar y cochinilla por aquello de que *qui male agit odit lucem*.

¿Qué más? ¡Si hasta el empresario de la Plaza de Toros, llámese Casiano ó Mazzanti, suele dar para los concurrentes á la romería una corrida de bueyes, á los que el público llama toros del Santo; no precisamente porque con bueyes araba el Santo Labrador, sino porque, como toros, son tan falsificados por lo menos como las rosquillas.

Y ahora ya se comprenderá lo que significa el epígrafe de este artículo *Política del Santo*; es decir, política de feria.

¿Qué otra política se usa en estos malaventurados tiempos?

Varios partidos divididos en fracciones que suelen subdividirse en grupos, se disputan encarnizadamente el Gobierno del país, cuya felicidad todos dicen que anhelan, y á cuya ruina todos contribuyen.

Y es que como se consideran en feria perpetua, no tienen escrúpulo de llamar felicidad á la ruina.

Hay personaje que se ha comido media provincia ultramarina ó peninsular, y dice que se ha sacrificado por ella.

Llaman á elecciones. Comienzan en el Ministerio de la Gobernación, en el centro esencialmente político, á hacer el *encasillado*, es

decir la adjudicación de los distritos. Hay allí, delante del Ministro, peleas tenaces entre fracción y fracción, entre grupo y grupo, entre candidato y candidato. Y cuando, después de muchas dificultades queda el encasillado concluido, se va el Ministro al Congreso, tiene que hablar y dice: «ahora que el país va á elegir sus representantes...»

Se acerca el día de la elección; el Ministro llama á su despacho á unos Gobernadores, escribe ó telegrafía á otros: «Cuidado no me deje V. ahogar á Fulano (un candidato ministerial); puede V. dejar salir á Citrano (un candidato de oposición...)» Y después de estas órdenes que el Gobernador recibe del Ministro y trasmite al Alcalde y en caso necesario al jefe de puesto de la Guardia civil, para que las cumplan á rajatabla, las cumplen y... los Diputados así elegidos se llaman representantes del país.

Y casi llegan á creer que lo son, ó por lo menos aparentan creerlo; pues no es raro que algún diputado *elegido* por el gobernador y la Guardia civil, así suavemente, por medio de una batalla en que ha habido muertos, heridos y contusos, se levante en la Asamblea y diga: «El distrito que tengo el honor de representar *me ha enviado aquí*... etc.

Se trata de formar los presupuestos. Conviene todo el mundo en que el país esta agobiado y hay que rebajarle las cargas, y comienza un simulado rebusco de gastos inútiles que no se encuentran.

—Suprimamos *tal cosa*—se le ocurre decir á uno.

—Eso no se puede suprimir—le contesta otro.

—Que sí.

—Que no.

—Yo no cedo—dice el sostenedor de la economía;—lo primero es el bien del país, no busco más que el bien del país...

Y de pronto se calla, y á los pocos días resulta que buscaba un destino.

Se trata una discusión, un debate político, verdaderamente político, y todo el mundo acude á las tribunas á presenciario.

—Su señoría lo está haciendo muy mal;—dice á un Ministro un ex Ministro que quiere sacudirse la partícula.

—Peor lo hizo su señoría en *tal época*, cuando hizo *tal y tal cosa*;—le contesta el Ministro que no quiere dejar de serlo.

—Pues peor lo hizo todavía su señoría en aquella otra época anterior, cuando *tal y tal*,—replica el primero.

—Su señoría es un *tal*, por no *cual*.

—Que se escriban esas palabras.

—Que se expliquen.

—Las explicaré: es cierto que he dicho eso, pero no he tenido intención de ofender á su señoría.

—¡Ah, entonces!...

Y todos son buenos; pero la capa del país no parece.

Tal es la política de ahora, política de personalidades, política de enjuagues y de miserias, política de mentiras y falsificaciones, *política del Santo*.

¿Qué diferencia de esta política á la verdadera política del santo labrador, del santo patrono de Madrid!

—¿Qué no tuvo ninguna? Se equivocan ustedes. San Isidro tuvo política, la verdadera política, la que consiste en obedecer pacíficamente las leyes, cumplir con el deber, ser buen ciudadano, trabajar tranquilamente en su oficio.

Si todos siguieran esta política, no se dirían tantos discursos, pero tampoco pesarian sobre el país tantos males, ni se vería agonizar la agricultura y morir el comercio, ni estaríamos á dos dedos de la bancarrota.

Pero estos son los frutos de la política que se estila, de la *política del Santo*.

MARCIAL.

EN LA FIESTA

EL COHETE

Lanzóse audaz á la extensión sombría, y era al hendir el éfiro sonante un surtidor de fuego palpitante que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día resplandeció en los cielos fulgurante, cuando la luna en el azul radiante como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo; siguió fugaz cual raudal meteoro, y al fin surgió como cadente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro, y tronando potente se deshizo en un raudal de lágrimas de oro.

SALVADOR RUEDA.

ULTRAMARINOS DEL SANTO

Al fin, y que no se vea en esto un plagio, al fin ha podido averiguarse qué es eso de la conjura.

Nadie hubiera sospechado de dónde partía la cosa.

¿Y cómo sospecharlo cuando todos creíamos al Sr. Ministro de Ultramar curado de su antigua afición á las conjuras?

Véase cómo donde menos se espera salta un adversario.

El Sr. Sagasta y el Sr. Becerra estaban a partir un piñón.

El primero vióse contentísimo en la Presidencia, el segundo no menos contento en el Ministerio de Ultramar.

Entre los dos no existía el más mínimo rozamiento.

Cuando de pronto D. Manuel se empeña, ¿en qué dirán ustedes?

En que la compañía Trasatlántica rebaje los precios del pasaje entre las Antillas y la Península y entre Filipinas y la Península.

Y que establezca billetes de ida y vuelta para aquellos españoles ultramarinos que quieran venir á la romería de San Isidro.

¿Y qué hizo D. Manuel? Pues fué y consultó el asunto con D. Práxedes.

Y D. Práxedes encontró aceptable y aun plausible la ocurrencia.

Lo cual que puso á D. Manuel loco de contento.

Este año, decía, la romería de San Isidro será una romería verdaderamente nacional.

Pero no contó el Sr. Becerra con la huésped.

Y la huésped, en la ocasión presente, ha sido el mismo Capdepon en persona.

El cual Capdepon dicen que dijo:

«Como Ministro que he sido de Ultramar, tengo el deber de conocer aquel departamento.»

Y porque le conozco me opongo á eso que propone mi actual colega de las Antillas.

Y me opongo porque lo considero un disparate.

¿Hay algo que justifique la venida de los ultramarinos á Madrid?

Enterado el Sr. Becerra del caso, fué á ver á su compañero Capdepon y le enderezó este discurso:

«Como hombre *dino* y de honor, no puedo retirar el proyecto que tenía presentado.

Tengo para mí que V. le combate. No me importa. Yo le sostengo, y le sostengo como Ministro, como Diputado y como Manuel Becerra.

Capdepon no se intimidó por eso. Soy jefe de la policía, parece que contestó, y si los ultramarinos vienen los mando prender.

Para ese servicio tengo un Gobernador que ni pintado.

Es hombre al que no se le escapa nada de lo que pasa.

Vea V. cómo descubrió que en la calle de Ciudad Real había un busto de Higinia Balaquer.

Pues aunque dicen que el busto se le regaló Galiana á la Higinia (cosa que yo no creo ni nadie cree, aunque lo juren cien Bartas) no podrá negarse que fué importante el descubrimiento.

Agregue V. que Aguilera recibe cada carta...

Becerra caló el chapeo, requirió la espada, y ya en el dintel de la puerta, preguntó: ¿Conque mandará V. prender á los ultramarinos?

Lo veremos.

Desgraciadamente faltaba tiempo para que la Trasatlántica acordara la consabida rebaja de precios.

Aquello no pudo ser.

Pero ¿quién dijo no puede ser estando Don Manuel por medio?

Desde hace unos días vigan á altas horas de la noche por las calles de Madrid diez ó doce ciudadanos vestidos de blanco con sombreros de jipi-japa en la cabeza y embozados en largas capas para preservarse del frío.

Eso de la capa no es muy propio, pero ya se sabe que la aclimatación lo autoriza.

Si nuestros lectores ven á esas gentes no se asusten. A pesar de sus miradas terribles, de su andar misterioso y de su vestir extraño, son buenas gentes.

Son, ¿por qué no decirlo? Los conjurados del Sr. Becerra, que desafían las iras de Capdepon.

Son ultramarinos falsificados.

Cuando á Sagasta le hablan de la conjura, pregunta inmediatamente: ¿De cuál se trata?

¿De la de Becerra? Porque así como la de Manolo las quisiera yo todas.

Sin embargo, hay quien dice que Capdepón no descansa, que el Gobernador no duerme y que Canalejas no las tiene todas consigo.

Todo esto brama al cielo.

EL AMERICANO.

LOS FORASTEROS

Hay que distinguir.

Aquellos que se confunden por su aspecto exterior con los que habitualmente residimos en esta olla de grillos, no son los forasteros de mi artículo.

Porque en último resultado, lo más difícil de encontrar en Madrid son madrileños, y el día en que emigramos de la capital los provincianos... dígame a V. que se queda esto más triste y solo que un teatro después de la función.

Me refiero a los forasteros de fuera, como dicen los que añaden que con tanto *gentío de gente* no se puede transitar por Madrid a mediados de Mayo; esos forasteros que a tiro de fusil delatan su procedencia, indígenas de algún pueblo de escaso número de almas, menos almas que cuerpos.

Para esos bienaventurados *touristes*, la expedición a Madrid, *suellos* ó en caravana de parientes y amigos, es la realización del ideal acariciado, discurrido, madurado y presupuestado durante mucho días; y forma época en su vida, como paréntesis lleno de emociones sin número ni medida, que cambia bruscamente el curso de la existencia tranquila y sossegada del pueblo natal.

Ellos vienen decididos a verlo todo; duermen poco para no perder tiempo; comen y andan a la vez; son judíos errantes interinos, y lanzanse intrépidos a la vía pública, cogidos de la mano con el fin de no dejarse arrollar por la muchedumbre y evitar el riesgo de perderse en aquellas calles tan largas é intrincadas.

Han visto la pradera, la ermita del Santo, los tenderetes, los *tio-tyos*, la montaña rusa, etc.; han comido torrados, avellanas, rosquillas de la tía Javiera y otras sustancias más ó menos alimenticias; se han atiforrado del agua milagrosa, y han arrancado a los pitos del Santo las más dulces y variadas melodías... y quieren luego ver cuanto de notable encierra la Corte.

Es, en primer término para ellos, la Puerta del Sol, lugar lleno de múltiples encantos.

Sentarse a tomar el fresco en los bordes del monumental pión, es lo que se llama atracarse de Madrid á conciencia.

La altura del yacimiento les llena de científica admiración, y producen en prensa sus cerebros para calcular aproximadamente los kilómetros que hay de arriba abajo, y los que podían contarse de abajo arriba.

A algunos les han dicho que diariamente se arrojan por allí tres ó cuatro personas, de esas que se ponen el mundo por montera, y que no quieren trato con nadie.

El Manzanares y el Estanque Grande del Retiro suelen ser contemplados con desdenosa mirada por algunos *Isidros* procedentes de pueblos de pesca.

Pero, en cambio, la casa de fieras es cosa digna de verse.

Aquellos pajarracos mustios y alicaídos que vegetan en las oscuras jaulas; los javalies, los osos, las hienas..., todos los miseros y degenerados ejemplares de alimañas que desde su estrecha cárcel miran de través al público, les produce el efecto de un drama espeluznante que constriñe el ánimo; y gracias á que allí cerca está el sánete de los monos que hacen desternillar de risa (todo gratis) á los felicísimos espectadores de sus saltos, muecas y contorsiones.

Si parecen talmente *personas humanas* contratadas por el Municipio para divertir á los forasteros!

Zanqueando por Madrid, y repartiendo pistones y codazos á diestro y siniestro (que ellos no ignoran que la calle es de quien sabe hacerse paso), suelen algunos *tios Maromas* ir á parar con sus asendereadas humanidades á sitios ignotos para ellos.

Una familia entera se coló días pasados en el Congreso.

Y de buenas á primeras, el jefe, un viejo muy terne y muy corrido que guiaba á sus parientes á través del proceloso piélagos de los madriles, dió por cosa resuelta y fuera de duda, que habían ido á caer de patitas en el crimen de la calle de Fuencarral, y que asistían ni más ni menos que á un juicio oral y público.

—Pero oye, tú, *Niceto*, ¿cómo están la *Higiene* y la *Dolores*, que no las veo?—le preguntaba su mujer.

—Deben estar en el piso de abajo, y por eso donde aquí no las *devisamos*.

—¿Y Varela?

—Será aquel flacucho que nombró *endenantes* no sé qué de *porcupuestos*.

Hablaban á grito pelado, y un ujier, á quien respetuosamente trataron de *uencencia* creyendo habérselas con un Juez, los ahuyentó diciéndoles que, de continuar allí, tendrían que declarar como testigos del crimen que acababan de presenciar.

Del señó de Madrid hay mucho que decir cuando regresen al hogar doméstico.

—Hay allí mas señoras—dirá alguno—mu encopetadas y mu llenas de cuentas y plumas, que siendo uno un *probe* le miran y le sonríen en sus barbas con mucha educación y finura. ¡Y miá tú! Mi parienta me pegó un mojicón porque le dije á una que se parecía como un huevo á otro á la *tuerta*, salvo lo del ojo; y con ese aquel del parecido nos pusimos á hablar mano á mano como si tal cosa...

Esta clase de forasteros de mi cuento, seres al parecer inverosímiles y fantásticos, no son á veces tan cándidos como la leyenda los pinta.

A falta de la enseñanza que dá la vida en los grandes centros cubanos, poseen su *gramática parda*, escudo y rodela contra muchos timos y asechanzas.

Sé de un *Isidro*, que al querer penetrar en

el Bazar de la Unión, fué detenido por un ciudadano que, con la sonrisa en los labios, le alargó un papelillo verde, indicándole la necesidad de pagar la entrada; poca cosa, un real.

El forastero sacó, sin decir palabra, un duro del bolsillo, cobró su vuelta de diez y nueve reales, tomó el billete y entró.

—¿A quién le doy la entrada?—gritó al primer dependiente con quien tropezó.—Un real me ha costado.

—Pero, hombre de Dios!—le dijeron,—si aquí se entra de balde.

—¿De balde? Bueno; así como así, aquel duro era falso...

RAMIRO BLANCO.

EN LA PRADERA

Los buñuelos.—Alto. Somos las avanzadas de la fiesta. Nadie pasa sin pagar tributo, conque, á sentarse ante las mesas, porque si no cerramos la puerta de Segovia. Para eso nos hemos dorado por la mañana. ¡Y qué bullanga suena por allá abajo, y nosotros aquí fritos que fritos, bandeja al brazo, contentándonos con el rumor de la romería! El que manda, manda, y harina en la sartén. ¡Oh, humo del aceite, alma nuestra que te elevas en el espacio y en alas del aire te vas hacia la pradera: salud y expresiones á los hermanos de allí!

El pontón.—Pues, señor, el resto del año nadie se acuerda de mí, pero ahora bien me pasean. Yo me voy á romper; siento cosquillas hasta en las más hondas de mis fibras. ¡Qué piés femeninos me taconean! ¡Qué zapaticos, y qué botinas, y qué empeines, y qué tobillos, y qué...! No, yo vivo olvidado, mas hoy le pongo la ley á la humanidad. ¡Pobre humanidad! Tanta bambolla para que un puente diga á cada mortal: si no pagas no pasas, vales un perro grande.

Los álamos.—Aquí, aquí, en esta umbría. Todos ustedes caben bajo nuestra copa. Ya verán ustedes lo que vale el toldo de nuestras hojas; los arboles de la Corte somos muy corteses. ¡Alza, salero! Valiente bailoteo; mejor merienda no se encuentra en la pradera. Pero... ¡por vida de la savia! Eh... que nos van á abrasar vivos; miren ustedes que aún tenemos los botones muy tiernos. ¡Qué humo! Bien podían guisar el arroz un poquito más lejos. ¡Qué frescura tan agradable! ¡Si nos están regando con vino! A falta de pan... Silencio; no nos movamos, que nos hemos trocado en alcoba. ¡Con tal que los pájaros no vengán á turbar la siesta! Eh... eh... que aunque los papás duermen, nosotros velamos. ¡Diantre con los novajos!

Los pobres.—Señorito... señorita... Aunque no sea más que una chuleta y una rosca y un vaso de vino... Este pobrecito sin pulmones... Que no he comido nada hace un mes... Tengan compasión de un desgraciado que ha nacido con cuatro piés... Señorito... señorita...

La naja.—Vamos, que hoy hay jarana. Por allí va el Curro con la Pepa, y si mi amo se entera ya estoy fuera del bolsillo. Mía que tié gracia. Mardecias sean las mujeres que tién la culpa de tóo. Por la Pepa voy á ir yo á la prevención en cuantico que mi dueño diquele á su chavala como yo la he visto por un roto del forro. Ea; se armó. ¡Valiente gofetá ya están aquí los impermeables. Nos pescaron; ¡y á mí que me abroncan tanto los juicios orales!

Las rosquillas.—Sí, señora... nosotras somos las de la propia, las de la verdadera tía Javiera. Acabaditas de salir del horno; aún no hace una semana que nos enfriamos. Llévase usted un kilo. Vaya usted con Dios.

—Eh... las de enfrente, las valentonas, ¿qué tenéis que decir ahora?

—Que sois tan de la tía Javiera como nosotras. El mes pasado estábamos todas en un mismo saco de cierta prendería.

—Que sus calleis, embusteras, malas rosquillas.

—¡Tontas!

—Así nos llaman.

—Pues si lo sois dos veces. Esaborías.

—Empalagosas.

Un botijo.—Oye tú, comparé. ¿No decías que no había botijos más grandes que los de Talavera? Pues, mira, que ese caballero que se pasea por ahí, parece una tinaja.

Un pito.—Pues, señor, gracias á Dios que funcione en alguna parte. ¡Esto de jubilarle á uno y de que ya no se silben los dramas malos!

La leche de las Navas.—Estoy con la nata en un hilo. La verdad es que meterse á corresponsal de la Funeraria, trae sus inconvenientes. Cada transeunte se me antoja el Teniente alcalde que viene á revisarme. Si me descubren me luzco. Fraude y usurpación de Estado. Y ya llevo algunos cólicos en cuenta...

Las pesas.—La visita de inspección. Serenidad. Hagámonos las pesadas y disimulemos el sonido para que no conozcan que estamos huecas é incompletas.

Los muertos.—¿Qué será ello? ¡Vaya una bulla! ¡Si pudiéramos atisbar lo que pasa! ¡Habría llegado el día del juicio! Pero... no se ha oído el toque de llamada y resurrección. ¡Ah!... por entre estas piedras se ve algo. Todo el mundo come; será el desayuno de la inmortalidad.

El agua de la ermita.—Bebed, hijos, bebed, que no agua milagrosa sino mucho acónito os hace falta. ¡Qué atrocidad! ¡Qué epidemia de fiebre! Bravo... obsequio, cesión del jarro para beber primero. Amantes tenemos. Se les conoce la calentura y debe ser de las perniciosas. ¿Otros? ¡Qué miradas!... Están ardiendo; gástricas, de seguro.

Los torraos.—¡Oh, manes del pucherol!... decidnos: ¿Por qué nos han blanqueado? ¿Por qué nos han disfrazado de *clowns* á nosotros, pacíficos garbanzos?

Las pasas.—¿Qué mal hacen nuestras tocas de luto entre esta alegría! ¡La vejéz! Dichosos los tiempos en que éramos uvas!

El sol.—Estoy harto de oír dictérios contra mi persona. ¡Que achicharro! ¡Que abraso! Pues qué, ¿me iba yo á meter en el último del espacio para que cada uno hiciera lo que le

cuadrase? ¡Un astrol! El diablo las carga y no me fio ni de mis rayos. Pero, señor, ¡cuántas parejas sueltas desperdigadas por los barrancos! Parecen los romeros guardias civiles.

La luna.—¡Ea, llegó mi hora! Pongámonos nuestro nimbo y al horizonte. ¡Qué atrocidad! ¡Más valiera no haber salido! ¡Qué bochorno! ¡Yo me echo una nube sobre la cara!

El Santo.—Si no me lo impidiera mi buen corazón hacia una que sonase. Me dan ganas de tirar mi reja sobre ese montón de cabezas. Al Santo... al Santo, y luego no se acuerdan de mí para nada. Y peor es que se acuerden; porque los que me visitan se entran groseramente en la ermita como Pedro por su casa, alborotando y escupiendo avellanas y torraos.

La familia.—Todos me miran con prevención y se apartan á mi paso; y sin embargo, desde que estoy en la pradera no hago otra cosa que ir y venir á escape, arrancando víctimas á la muerte. ¡Qué ingrata es la humanidad!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

LOS PITOS DE SAN ISIDRO

A mi amigo José Fernández Bremón.

Los pitos de San Isidro

Bien pueden significar,

La silba que nos darían

A los hijos de esta edad,

Los coetáneos del Santo

Si pudiesen contemplar

Como el creyente romero,

Dejando el toco sayal,

Viste el traje de los chulos,

Blasfema en vez de rezar,

Y el ayuno sustituye

Con la *juerga* de ritual,

En que se bebe y se come,

Y... me callo lo demás,

Porque aquí no es piadoso

Al que no sabe enseñar.

—¡O temporal! ¡O moras! dije,

Y me replicó un barbián:

—¡Oh! que tiempo el de los moros

No se lamenten ustedes más,

Porque cambian los tiempos,

Los moros no volverán;

Hasta el vino es ya cristiano,

Yo le vi de bautizar

Cuando andaba en la taberna

Del señor Pedro Gracián.

Los pitos de San Isidro

Nos sirven para silbar...

—Lo supongo, dije al punto,

Pito, pitas, pitarrás,

Son palabras enlazadas

Por un destino fatal;

Pero ¡ay! del último pito,

Que resuena sin piedad,

Silbando á la especie humana

Por torpe y por inmoral.

—Esa por aquí no cuela,

Me replicó mi barbián,

Poniendo el dedo en su boca,

Más que grande, colosal,

El hombre es bueno y rebueno,

La mala es la sociedad;

Yo jugador no sería

Si poseyese caudal:

Vivo de jugar al monte,

Y á las chapas y al billar,

Pero me hacen millonario

Y el taco no cojo más.

¡Bien por la virtud al uso!

¡Bien por el recto pensar,

Que dice que es bueno el hombre

Y mala la sociedad!

Los pitos de San Isidro

Se podrían emplear,

En silbar de nuestro tiempo

La lógica y la moral.

LUIS VIDART.

LOS MILAGROS DE SAN ISIDRO

Aunque no hay necesidad, para ver milagros, de ir al teatro Español, porque aquí los hace cualquier concejal de los que resucitan á los difuntos para los efectos de las elecciones municipales, hicimos anoche el sacrificio de encaminar nuestros pasos hacia el *coliseo* de la calle del Príncipe.

¡Valgame el Santo y como estaba la sala! Allí tuvimos el gusto de admirar á lo mas escogido de Arganda y Navalcarnero, á la *high life* de Torrejón de Ardz y á algunos personajes importantes de Tambleque y Vitigudino.

Algo atrevidas nos parecieron las modas de aquellas apreciadas localidades.

Los *modistos* de por allá discrepan algo en cuestión de corte, de sus homólogos parisenses.

Un revistero de salones de Alcorcón nos hizo observar lo elegante del sombrero *botijo*, especie de capaceté terminado en un *sprit*, pitorro, según el *Montecristo* rural, adornado con flores de pitos del Santo y con cerezas *practicables*.

También recogimos algunas otras observaciones respecto á la indumentaria de los romeros.

El *polisión* con que se atavían á posteriori las elegantes de la famosa Meca, difiere en la forma del que usan las de Ciempozuelos, y el color de los trajes preferido por las señoritas *comm'il faut* de Móstoles, es aquel que, según el poeta, hace sentir frío por la espalda y la títir el corazón.

Pero dirijamos la vista á la escena.

—¡Ooooh!... exclamación de los romeros.

San Isidro está celebrando una conferencia con el mismísimo demonio.

El Santo, y conste que hablamos del teatro, está muy preocupado con lo que le dice el enemigo.

Intúl es consignar que el esposo teatral de la Sra. Lombía, es una buena persona que lo mismo se entretiene en dar de comer á las palomitas del cielo, que en levantar muertos, en el buen sentido de la palabra.

En sus ratos de ocio, multiplica el trigo de la hacienda de su amo.

¡Si D. Venancio tuviese esta gracia, entre las muchas que le adornan!

Como es natural, al Santo le traen en pal-

mitas, y su amo, un señor, muy parecido á Galdo, con dalmática de tela de colcha, abrala á cada dos por tres á su sirviente, pero no le da ni un céntimo.

Costumbre que se conserva entre nosotros desde aquellos felices tiempos en que los santos, no de la Hoz, andaban por esos campos haciendo maravillas.

Mas vengamos al cuento.

El Sr. Melas, bajo la figura de Luscindo, que es nada menos que el Sr. Luzbel, está con San Isidro como Martos con Canalejas, y ya organiza una conjura, ya arma un caramillo... todo con el sano propósito de hacer perder la gracia al santo varón.

Pero que si quieres; cada paso es un acta de Enguera para Luscindo.

Lo que acongoja al pobre labrador, son los *infundios* que acerca de María le cuenta el Sr. Melas: que si fué; que si vino; que si un zagal; que si un pastor... Vamos, *hingniosidades*.

Pero en aquel tiempo no faltaba, cuando era necesario, un ángel que volviere el alma al cuerpo de los maridos escamados.

Uno de aquellos, con la espada en la mano, como Riego cuando defendía la Constitución, logra que Luscindo ponga pies en polvorosa y calma los celos del santo, haciendo, por vía de prueba plena, de la santidad de María, que esta atravesase el río sobre una toca á guisa de bajel.

Explosión de entusiasmo en las alturas.

¿Cuándo se verá en otra la Sra. Lombía?

Se me olvidaba decir que mientras que ocurren estas y otras muchas cosas, la señorita Martínez, que es guapa, pero guapa de verdad, entra y sale por la escena como Pepe por su celda.

En el tercer acto, Isidro, su mujer, su hijo y el bueno de Mariano Fernández, se han refugiado en Madrid huyendo de las algaradas mahometanas.

Dos docenas de moros con alquicales de bañistas, ponen cerco al *castillo famoso* que aliviaba en otro tiempo el miedo á Alimenon, si es cierto lo que dice Moratin.

El caudillo alarbe está que trina contra la villa y sus defensores, y bebe además los vientos por la Sra. Martínez.

Cualquier cristiano haría lo mismo.

Los mahometanos se lanzan sobre la muralla, con un furor parecido al de los conservadores contra el sufragio. El caudillo musulmán grita como un Torenó, salen los cristianos á la *campana* y cuando dan á tirarse los trastos á la cabeza, desplómase el muro y aparece entre luces de bengala la Virgen de la Almudena.

El *delirium tremens* en las regiones paradisíacas.

Pero el milagro de la Almudena no impide que se arme la gran broma, quedando el escenario convertido en una sesión de juicio oral: campo de Agramante, que decían los antiguos.

Con todas estas condiciones y otras que omitimos por no hacer interminables estos renglones, se pone enfermo San Isidro, luego se muere y termina la comedia con la correspondiente apoteosis.

El público aplaude, el telón sube y baja como la bolsa en la última semana, y los *Isidros* procuran anotar en su memoria los incidentes del drama, para referirlos á sus paisanos.

En cuanto á los actores, la Sra. Lombía, á la altura de las circunstancias, el Sr. Mela infernal (hacia de demonio), La Sra. Martínez muy guapa, y el Sr. Martínez probando en su papel de labriego que

«para arador le sobran más de cien.»

Doce noches lleva la obra en el cartel, y el público, acude á verla y aplaude á rabiar.

El Sr. Granés que es el arreglador (?) de la comedia, repetirá para sus adentros muy satisfecho del éxito, de su arreglo, aquel antiguo adagio:

Hágase el milagro, y hágalo el diablo.

ZEDA.

PITOS Y... ROSQUILLAS

15 de Mayo.—Fecha memorable en los fastos de la vida popular madrileña. No decimos *pública*, aunque Montero Ríos se enfade.

San Isidro.—Santo labrador, que no pidió nunca la subida de los aranceles.

Hoy es día de fiesta, y ninguna persona que se respete deja de bajar á la pradera, después, casi siempre, de subir las escaleras de una casa de préstamos acreditada.

Y es lógico: para *descender* hay que haber *ascendido* antes; y, sin embargo, muchos de los *romeros* son de la clase de *cesantes*. En cambio otros (*romeros*) desean, y con la protección del santo quizá lo consigan, volver al servicio activo.

A propósito de Romero. Cassola y él se han entendido, así lo aseguran, y López Domínguez es de la conjura. ¡Rosquillas de la tía Javiera!

Conjura he dicho; pero responde Sagasta: á mí nadie me moja la oreja; al que no *are* derecho lo divido. ¡Pitos, pitos del santol!

Llega al Congreso Tetuán, el Duque que hace temblar á D. Práxedes, y éste, apenas lo divisa, se echa en sus brazos y... ¡Rosquillas, rosquillas tiernas!

Hay también quien asegura que Montero Ríos y Eguillor se han ausentado de esta Corte por no tomar directamente la iniciativa en la proposición, ó lo que fuere, que los conjurados preparan para derribar al Ministerio. Otros afirman que López Domínguez y Canovas han conferenciado, y que Gamazo se vuelve atrás y que no hay nada de lo dicho. ¡Pitos, pitos de cristal!

En cambio yo puedo asegurar á ustedes que todo se arreglará, porque, ante el peligro de perder la Presidencia, el Sr. Mateo sacará, como en otras ocasiones, el Cristo y todo el mundo *boca arriba*.

Entonces será llegado el caso de gritar: ¡Rosquillas de la verdadera tía!

PEPITO GÓMEZ.

CONGRESILLO

Un campanillazo dado en la puerta de la confortable vivienda, por mano más experimentada en requerir aperos de labranza que en pulsar botones eléctricos, ni llamadores de timbre, puso en conmoción a la servidumbre del perezoso padre del país, el cual padre roncaba sosegadamente en mullido lecho, ya bien entrada la noche de hoy, reposando de las fatigas de la accidentada sesión de ayer.

Frangueada la entrada a los recién llegados, que no eran otros que el alcalde de Vuelcapucheros y unos cuantos acomodados vecinos del partido, pasóse recado a S. E. de que el comité del distrito deseaba ofrecerle sus respetos y hacerle entrega de seis quesos y un jamón, pagados a escote entre los primeros contribuyentes de la villa, con cuyo presente, por acuerdo unánime de los electores, se había convenido obsequiar al diputado, en recompensa de los grandes servicios que les prestara.

Irguióse de mal talante el distinguido miembro del anónimo montón, y cubierta la cabeza con un *fej* argelino, envuelta su voluminosa humanidad en pintarrajeada bata, y calzados los pies en sendas babuchas, tomó asiento en su espacioso despacho, de propósito amueblado para simular el gabinete de estudio de un profundo pensador y sabio eminente.

Alzose el *portier* dando paso a los alborozados lugareños, quienes, a pesar de tanto aparato, no se atemorizaron ni encogieron, antes parecían irrespetuosos con S. E., olvidando, sin duda, que son personas muy distintas, para tratadas, sin dejar de ser una misma, el candidato en vísperas de elección y el Diputado que ya juró el cargo.

No tuvieron ocasión de advertir este olvido porque S. E., a quien los suculentos comestibles, extraídos de las alforjas, devolvieron el buen humor, meditó bien pronto que le convenía dejar satisfechos a los visitantes para que se hicieran lenguas en el pueblo por la amabilidad y el talento del Diputado.

Hubo sonrisas a granel, apretones de manos, sólo comparables a los de una prensa, saludos mutuos y estrepitosa algarabía hasta que se acomodaron en los bordes del diván y de las butacas los parlanchines forasteros. El Teniente Alcalde, persona respetable por su calzon corto, su sombrero de archas alas, su zamarra de pana, sus medias negras y sus zapatonas claveteadas, hubo de tomar posiciones en una mecedora, sentándose con tanto ímpetu que al apretarse de que caía de espaldas lanzó un grito horrible que alarmó a todos los circunstantes.

Repuestos del susto, el Alcalde, encargado de hablar el primero, expuso a S. E. cómo habían decidido los vuelcapucheros aprovechar la venida al San Isidro de los jefes municipales de la municipalidad para darles el encargo de obsequiar al Sr. Diputado, cómo los tales del Municipio allí presentes tenían preparada una comilona para esta tarde, comilona que devorarían rociada con seis arrobas de Valdepeñas a la vera del Manzanares y de la Sacramental, y cómo, en fin, estaban dispuestos a adquirir algunas rosquillas y unos cuantos pitos para regalar a las mujeres y a los chicos, que esperaban en la villa con mucha ansia el regreso de los excursionistas.

Ellos se marchaban el jueves hacia el pueblo, y sólo un sentimiento llevaban: no haber podido asistir a una sesión del Congreso para aprender estas cosas de las sesiones y hacer en Vuelcapucheros lo que se hace en Madrid.

Dignóse S. E. pronunciar enfáticamente un discurso de gracias, causando la admiración de sus visitantes.

Agotó el repertorio de la cursilería patriótica, y concluyó diciendo a los ilustres vuelcapucheros, que iba a aleccionarlos en el asunto de las sesiones del Congreso, a cuyo efecto él haría de Presidente, el Alcalde de Ministro y sus acompañantes de Diputados.

Agitarónse en sus asientos los aludidos, y preparáronse a aprender bien las lecciones de S. E.

—Vamos a tratar la cuestión de los trigos. El Sr. Alcalde, como Ministro, se opondrá al aumento del precio...

—Eso jamás, D. Leoncio—exclamó el Alcalde levantándose.—Tengo unas 1.000 fanegas almacenadas, y precisamente estoy esperando la suba.

—No hombre de Dios, no. Si no se trata del precio del trigo, sino del aumento del arancel.

—Usted representa al Ministro y no quiere el aumento del arancel, ¿estamos?

—Bueno, no hay inconveniente. En eso del arancel todo lo que Vd. quiera.

—Perfectamente. El Teniente Alcalde hará de Diputado, que pide el aumento de los derechos para el trigo.

—Pero, Sr. D. Leoncio, por San Isidro, que también fué labrador, le pido que no me meta en esos trotes, porque yo lo que quiero es que los derechos sean pocos, que bastante tenemos con las contribuciones y demás.

—Pues bien, amigos míos,—añade en forma sentenciosa el Diputado auténtico,—esto que acaba de pasar entre nosotros es lo mismo que sucede allá en el Congreso.

Todo se nos vuelve hablar y hablar... y nadie se entiende.

Los vuelcapucheros, que ya tenían la cabeza convertida en olla de grillos y el estómago preparado para soportar la lluvia benéfica del Valdepeñas, no quisieron saber más del Congreso y se despidieron como les fué dable de S. E., asegurándole que para aprendizaje les había bastado este conato de congresillo.

Y a fe que tenían razón.

L.

¡EL CRIMEN! ¡EL CRIMEN!

MEDITACIONES

El juicio oral nos va a quitar el juicio. Cuando todo el mundo lo dice es, sin duda,

porque todo el mundo lo reconoce. Y sin embargo, tanto los sensatos como los insensatos, andan a la greña con la sensatez.

Por afán de tenerla aquéllos, todo lo quieren ignorar e ignorar hasta la posibilidad de que un soltero tenga cuñada, como se desprende de algún interrogatorio reciente, y al mismo tiempo los insensatos, poseedores de la verdad, todo lo quieren saber y rechazan cuanto más o menos se opone a sus categorías y absolutas afirmaciones. Los unos escriben cartas amorosas a Higinia Balaguer y los otros organizan suscripciones para costear suculentos *beefsteaks* y sabrosas medias tostadas a Dolores Avila.

Declarar como desean los unos o los otros es una llave maestra, es la llave que abre las puertas de la notoriedad al mortal más oscuro. Tanto peligro hay en cerrar los dos ojos y no ver nada a la manera de los porteros de la calle de Fuencarral, como en abrir demasiado el único que se tiene sano, de lo cuales es ejemplo Gregoria Parejo. Entre tan encontradas tendencias va a necesitar *volante* la justicia, y es un mal síntoma, ahora que según parece se han suprimido los *volantes*.

**

Por fortuna, para que el nombre del santo patrón de la villa y corte no se contamine con la atmósfera de influencias que ha dividido a los madrileños en dos clases, casi en dos razas, la de los privilegiados y la de los no privilegiados, según que concurren al juicio célebre, previa *galante invitación*, o como premio a la constancia de haber esperado el turno toda una noche, no será posible poner puertas a la pradera, si bien existen conatos de ello al atravesar el puente, previo el modesto abono de un *chato grande*.

La desigualdad, en este caso, entre la gente acomodada y la menesterosa se pierde de vista. ¿Qué madrileño no haría aquel pequeño sacrificio? Los indigentes inválidos encuentran su compensación colocándose en larga hilera a los dos lados del camino, para que haga juego el arbitrio del Ayuntamiento, ese el de consumos, con el tributo de la caridad.

**

Y este año la Pradera ofrecerá un nuevo atractivo.

Aparte de las rosquillas de la tía Javiera, de los torrados tiernos, de los adornados pitos, de los cacharros de Talavera se presentará a los ojos de las gentes rodeado de misterioso prestigio el puesto aquel, donde según la fama, armó una bronca un Marquesito que al decir de unos autores no es Varela, o un Varela, que en opinión de otros, no es Marquesito.

Como quiera que sea, los espíritus graves y meditabundos, en medio de aquella zambra y barahunda, podrán hacer consideraciones sobre si el crimen ha influido en nuestras costumbres, o si por el contrario, nuestras costumbres son las que han influido en el crimen.

Y aquí haremos punto para que la leche de las Navas no se les agrie a nuestros queridos lectores.

JOSÉ MARTÍNEZ ARAUNA.

NOTICIAS

Academias.

Ayer celebró sesión la Academia de Ciencias morales y políticas, para discutir, con motivo de la festividad de hoy, la importante Memoria presentada por el Sr. Villanueva, sobre «Una nueva clasificación de las edades prehistóricas o protohistóricas deducida de los orígenes probables de la *bota* y del *botijo*, como pruebas de la existencia del *barro* y de la edad del *cuero*.»

El Sr. Villanueva fué muy aplaudido.

Encargóse de contestarle el erudito señor Júpiter, quien, apoyado en la interpretación de antiguas inscripciones encontradas en los alrededores de la Cueva de Pelayo, demostró que en la *bota* y el *botijo* sólo debemos ver un vestigio del régimen potable de los hombres primitivos, importado a España por sus primeros pobladores para servir de emblema más tarde en las guerras de moros y cristianos, significando la *bota* la templanza de los unos, y el *botijo* la fuerza de los otros.

Fuó también estrepitosamente aplaudido.

Se ha mandado que durante los días de la romería acudan a la Pradera de San Isidro seis vendedores municipales, con objeto de reconocer los artículos de consumo que allí se expendan.

También se ha dispuesto que se instale este año en dicho punto una Casa de Socorro, donde se podrá apreciar la eficacia del celo de las autoridades en lo que toca a la seguridad personal, la continencia de los consumidores y la pureza de lo consumido.

Ayer se llevaron para su análisis al Laboratorio Químico-Municipal algunos centenares de rosquillas.

El Sr. Garagarza, sólo halló en su composición los átomos que antes constituyeron anónimos mendrugos puestos a la venta en las prenderías de la calle de Tudescos, pero no pudo averiguar si las tales rosquillas procedían o no de la verdadera tía Javiera.

Hace más de quince días que los Ayuntamientos de esta provincia no pueden celebrar sesión por la ausencia de los dignos Concejales que han acudido en tropel a esta villa coronada.

Debemos llamar sobre este hecho la atención del Sr. Gobernador, por si le ofrece un nuevo campo para descubrir el *paradero* del joven asesinado en Carabanchel.

EL TREN BOTIJO

Bajo cualquiera de los aspectos que se considere la popular romería de San Isidro, ofrece rica variedad de tipos, dignos del pincel de Goya.

En la PRADERA y fuera de ella, en las calles como en las plazas, el romero, sobre todo el forastero, presta más que suficiente asunto para un cuadro o una descripción. Todo en él es pintoresco y animado; desde los colores chillones de su ropa, hasta el lenguaje.

La romería del Santo, patrón de Madrid, ha venido a ser un pretexto: a los de la Corte, para echar una cana al aire; a los forasteros, para darse el gusto de venir a Madrid por poco dinero, aprovechando esta ventaja para hacer sus compras o evacuar sus asuntos. Así es que en estos días hacen su Agosto los tenderos de ropas hechas y los vendedores de baratijas.

Hace veinte ó treinta años, venir a la romería era algo así como hacer un viaje alrededor del mundo. El gusto de hacer una visita al Santo labrador, era lujo a pocos permitido; bien que entonces el pueblo de Madrid se bastaba y aún se sobraba para dar vida y animación a la romería.

Hoy han variado las cosas. A nuevos tiempos, nuevas costumbres; ya se ha hecho una necesidad para muchos españoles visitar la capital en este clásico día, en tal forma, que abundan más los forasteros en la romería que los que no lo son. Para los primeros será siempre la pradera, con su bullicio, sus bailes y sus diversiones, un espectáculo que no puede sustituirse con otro alguno.

La facilidad de hacer el viaje cómodamente y por poco precio, ha sido el aliciente generador de esta costumbre. Suprimir de repente los trenes de ferrocarriles, y habréis dado un golpe de muerte a la romería, que perdería uno de sus principales elementos.

El *tren botijo* es, pues, uno de los alicientes necesarios de esta popularísima fiesta que hoy se celebra. En él vienen a centenares los viajeros cargados con enorme impedimenta, prensados, semiasfixiados, y en él vuelven luego mústios, lácidos, cansados de cuerpo y ligeros de bolsillos, pero provistos del indispensable botijo.

De aquí el nombre con que, generalmente, se designan los trenes que conducen romeros.

Desde que estos abandonan sus lares empuja para ellos una no interrumpida serie de incidentes. En la estación se agolpan al despacho de billetes, ávidos de obtener el que les ha de dar derecho a tomar asiento en el tren. Ya en él, son de ver los apuros para colocarse, y sobre todo para colocar sus bultos, que, contra lo que prescriben los reglamentos, no sólo incomodan a los viajeros, sino que los sujeta a un tormento, tanto mayor cuanto mayor es la duración del viaje.

Aquí un robusto jayán trata de colocar debajo del asiento una alforja, al lado de la cual resultaría un juguete el arca de Noé; allá, una familia compuesta de cinco ó seis individuos pasa las de Cain para encontrar donde acomodarse, siendo frecuente que en la horrible confusión que precede a la toma por asalto de los asientos, se encuentre dividida la familia y resulte que la niña mayor se halle, sin darse cuenta de ello, al lado de un joven sentimental que se encarga, no sin la natural zozobra de los papas, de hacerle más llevadera la pena producida por esta separación accidental.

Para el *tren botijo* no rigen itinerarios ni cuadros de marcha, ni prescripciones reglamentarias. Todo en él es anómalo, todo reviste un carácter extraordinario; llega siempre con retraso; hace paradas más largas que la esperanza de los españoles de tener buen gobierno; se mueve con trabajo, y del interior de los coches que forman una inmensa cola, salen voces, imprecaciones, gritos de alegría, formando un tumulto inexplicable. Diríase al verle cruzar y oír sus ruidos, que era un monstruo informe, colosal, arrasando en vertiginosa marcha una casa de orates.

En cada parada tienen lugar escenas indescriptibles, y en el interior de los carruajes, entre cánticos y algazara, se desarrollan otras de carácter tan marcadamente cómico, que ya las quisieran tener a mano nuestros más reputados saineteros.

Así es que los viajeros del *tren botijo* dan por bien empleados sus torturas y magullones. Para ellos, la romería no empieza en Madrid ni se limita a la pradera; comienza desde que ponen los pies en el estribo del coche, y termina en el pueblo, cuando llenos de legítima alegría, depositan en el seno de su esposa, o en manos de los *bébes* los obligados regalos traídos de Madrid, incluso el imprescindible *botijo*.

F. SASTRE.

SERVICIO TELEGRAFICO DE "LA PATRIA"

(De la Agencia Fabra.)

París 14.—Las entradas de pago en la Exposición, ascendieron ayer a 54.000.

París 14.—Estudia actualmente el Gobierno el proyecto de una gran lotería de 15 millones, cuyos productos se destinarán a hacer venir a esta capital a los maestros obreros y agricultores, para que puedan estudiar la Exposición.

Los premios consistirían en objetos de los que figuran en la misma Exposición.

París 14.—La sesión del Senado ha sido muy breve, suspendiéndose hasta el jueves. En la Cámara se hallaba a la orden del día el proyecto de presupuesto.

Mr. Basly, diputado intransigente, ha pedido prioridad para las leyes que interesan a los obreros.

Mr. Tirard, jefe del Gabinete, combate la citada proposición, que es desechada por 278 votos contra 241.

Inmediatamente ha comenzado en la Cámara la discusión del presupuesto.

Berlín 14.—La huelga se ha hecho extensiva a otras varias fábricas de Westfalia. Las pérdidas diarias por consecuencia de las huelgas, se calculan en un millón de francos.

En una reunión celebrada ayer, los huelguistas decidieron unánimemente mantener sus reclamaciones.

En Silesia se han iniciado huelgas de mineros.

Belgrado 14.—El Metropolitano Miguel ha escrito una carta anunciando que tiene el firme propósito de no mezclarse para nada en las luchas de los partidos, y pidiendo que no se le haga ninguna demostración a su llegada a esta capital.

Berlín 14.—Ya se tienen noticias de los términos con que el Emperador contestó a la comisión de obreros huelguistas que ha venido a esta capital.

«Tengo,—dijo—vivo interés por los mineros; pero éstos deben abstenerse de toda convención con el partido socialista, pues serán fusilados sin piedad el autor ó autores de cualquier desorden contra las autoridades.» La audiencia no duró arriba de diez minutos.

La comisión salió bastante impresionada en vista de las palabras del Emperador.

Berlín 15.—Los despachos recibidos durante la noche última, dicen que las huelgas se generalizan por toda la cuenca minera de Silesia.

Comienzan ya a notarse los efectos de esta huelga formidable.

Muchas industrias tienen que suspender ó reducir sus trabajos por falta de combustible. Si la situación se prolonga quince días, habrá un verdadero conflicto económico en Alemania, por más que se han hecho pedidos de carbón al extranjero.

Las compañías dicen que no pueden subir los salarios, porque sus beneficios son ya muy limitados y no podrán luchar con la competencia extranjera.

La huelga comienza a hacerse extensiva a otras industrias, y particularmente a las fundiciones de hierro.

París 15.—Los Duques de Montpensier almorzaron ayer en casa de la Reina Isabel, visitando luego la Exposición universal.

Roma 15.—Se habla de algunos movimientos socialistas de campesinos en Italia.

La causa se atribuye a la miseria que reina en varias comarcas.

Berlín 15.—Los últimos telegramas de hoy anuncian que la huelga sigue propagándose sin que hasta ahora haya noticia de haberse turbado el orden público en parte alguna.

París 14.—Bolsa: Fondos franceses: 3 por 100, 87,50.—4 1/2 por 100, 105,20.—Fondos españoles: 4 por 100 exterior, 76,75.—Obligaciones de Cuba, 513,00.—Consolidados ingleses, 99 1/16.—Última hora: 4 por 100 exterior español, 77 1/8.

Londres 14.—Clausura de la Bolsa de hoy: 4 1/2 exterior español, 76 7/8.

ESPECTÁCULOS PARA HOY

ESPAÑOL.—A las 9.—Vida y milagros de San Isidro Labrador.—El santo de D. Mariano y Patagones y colibríes.

A las 4 y 1/2.—La misma.

PRÍNCIPE ALFONSO.—A las 8 y 3/4.—El tío Maroma.—Segundo acto.—Los zangolotinos. Dos canarios de café.

APOLO.—A las 4 y 1/2.—Plato del día.—Certamen nacional.—Cruz blanca.

A las 8 y 3/4.—Cruz blanca.—Certamen nacional.—Los primaverales.—Plato del día.

LARA.—8.ª serie.—Función 27 de abono.—Turno 2.º impar.—A las 9.—La criatura.—Los maliciosos.—El señor Gobernador.—Segundo acto de la misma.

ESLAVA.—A las 4 y 1/2.—El país de los insectos.—Ortografía.—Sol.

A las 8 y 3/4.—Un pagaré a la orden.—El país de los insectos.—Ortografía.—Madrid Club.

CIRCO DE PRICE.—Dos grandes funciones. Ejercicios ecuestres, gimnásticos, cómicos y acrobáticos.

CIRCO HIPÓDROMO DE VERANO.—Dos grandes y variadas funciones, en la que tomarán parte los célebres colibríes y toda la compañía.

Théophile Roederer & Co Reims
*** CRISTAL CHAMPAGNE**
 CARTA BLANCA
GLADIATEUR CABALLO
 CARTA NEGRA



Unión Medalla 1.ª Clase, Exp. Univ. París.
 Medallas de Oro, Exp. del Havre y Melbourne.
 Primeras Reconcompensas, Expos. Burdeos, Filadelfia, o Porto, Santiago, etc.

Casa fundada en 1864

DE VENTA EN CASA DE Lhardy,
 Café Restaurant de Fornos y demás
 Casas principales de Madrid y provincias.

Agente General:
LÉON P. AUBÉY, 25, Rue Bergère, PARIS.

ANUNCIOS

FUENTE AMARGA DE RUBINAT PROPIEDAD DEL DOCTOR LLORACH

AGUA MINERO-MEDICINAL NATURAL SALINO
PURCANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

PREMIADA CON MEDALLAS DE ORO EN VARIAS EXPOSICIONES

Gran diploma de honor, Burdeos, 1882.—Primera mención honorífica por el Congreso médico genovés. Eficazmente recomendada por las Academias de París y por todos los centros médicos de Europa y América.

PRIMERA AGUA ESPAÑOLA

DECLARADA DE UTILIDAD PÚBLICA EN FRANCIA

CON APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

Autorizada su venta pública en España y el extranjero por el Gobierno de S. M. Alfonso XII, por Real decreto de 20 de Julio de 1881.

El agua de RUBINAT es el purgante más eficaz y suave que se conoce. Tiene la inapreciable ventaja de producir su efecto a pequeñas dosis, sin ocasionar dolor ni dejar irritaciones de ninguna clase por más que se repita su uso, así como tampoco perturba las funciones digestivas en lo más mínimo, antes las ordena y estimula admirablemente el apetito. Es agua natural que mana de la fuente constantemente, no es de pozo ni de depósitos practicados en el suelo como son muchas de las aguas similares que hacen la competencia a la natural dicha de RUBINAT.

Se ha hecho del agua de RUBINAT muchos análisis, pero todos concuerdan, salvo variantes de escasisima monta, con el practicado en el laboratorio de la Academia de París por el ilustrado profesor Bouchardat y leído en plena Academia por su distinguido y eminente colega M. el Dr. Lefort. De lo que resulta que cada litro de agua de RUBINAT contiene:

Gramos 103,814 de principios fijos.

El sabio y eminente químico francés Doctor Labaigne, entusiasmado por la admirable mineralización del agua de RUBINAT, hizo el cuadro comparativo de las aguas purgantes más celebradas de Alemania, siguiente:

PRINCIPIOS ANHIDROS POR LITRO

Agua de Sedlitz.....	16,64	Real Húngara.....	38,61
Birmensdorf.....	20,15	Hunyadi Janos.....	48,50
Friedrichsall.....	25,05	RUBINAT (fuente amarga del	
Pullna.....	33,14	Dr. Llorach.....	103,814

Con esto queda probado que el agua de RUBINAT aventaja cuando menos por mitad en mineralización a todas las aguas purgantes extranjeras, siendo, por consiguiente, la que ocupa el primer lugar de cuantas se conocen hasta el día.

AVISO IMPORTANTÍSIMO

Como garantía de legitimidad exijase en las botellas la cápsula, la marca de propiedad y la firma y rúbrica del Dr. Llorach en el cuello de las mismas.

EL AGUA DE RUBINAT NO SE ALTERA POR MÁS QUE SE LA GUARDE

Véndese en todas las Farmacias y Droguerías.

Pídase siempre AGUA DE RUBINAT, propiedad del Dr. LLORACH.

FUCOGLICINA DEL D^r GRESSY

Recomiéndase este precioso medicamento a los enfermos cuyo estómago no pueda soportar el aceite de Hígado de Bacalao. Tiene todas las propiedades de este y es mas activo. Agradable al paladar, la Fucoglicina no provoca accidente alguno en las vías digestivas.

En PARIS, LE PERDRIEL & Co, y en todas las Farmacias.

En todas las Farmacias, Perfumerías y Bazares

La

VELOUTINE

Pulvo de Arroz especial

Preparado al Bismuto por CH^{tes} FAY, Perfumista

PARIS - 9, Rue de la Paix, 9 - PARIS

INSTITUTO DE FRANCIA : PREMIO MONTYON

VINO DE QUINA OSSIAN HENRY

simple ó ferruginoso

El mas eficaz reparador. — El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la Clorosis, la Anemia, las Flores blancas, las constituciones débiles, etc.

B. BAIN & FOURNIER, 43, Rue d'Amsterdam, PARIS

EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.

En Madrid, Melchor García, Capellanes, 1 duplicado.

GOTA * PIEDRA * REUMA

No pueden ser curados sin LITINA

Las Sales de Litina granuladas efervescentes de Ch. LE PERDRIEL, ingeridas en pequeña dosis, hacen desaparecer pronto las arenillas y arenas (uratos insolubles arrastrados por las secreciones uricas). Este fenómeno explica su eficacia contra las enfermedades arriba indicadas.

PARIS: Le Perdiel, 11, rue Milton. — Véndense en todas las Farmacias.

En Madrid, Melchor García, Capellanes, 1 duplicado.

ANUNCIOS

especialmente para Alemania, Austria-Hungría, Suiza, Rumania, Dinamarca y los demás países, admite a precios originales y bajo garantía de servicio exacto y puntual

HEINR. EISLER

Centro de anuncios, Hamburgo.

Correspondencia: español, francés, inglés, italiano y alemán.

VICHY

Administración : PARIS, 8, boul^e Montmartre.

Grande-Grille. — Afecciones líticas, enfermedades de las vías digestivas, infartos del hígado y del vaso, obstrucciones viscerales, cálculos biliares, etc.

Hôpital. — Afecciones de las vías digestivas, pesadex del estómago, digestiones difíciles, inapetencia, gastralgia, dispepsia.

Célestins. — Afecciones de los riñones, de la vejiga, mal de piedra, cálculos urinarios, gota, diabetes, albuminuria.

Hauterive. — Afecciones de los riñones, de la vejiga, mal de piedra, cálculos urinarios, gota, diabetes, albuminuria.

Exista el nombre del manantial en la cápsula.

COMPANIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES, CAFÉS MOLIDOS, TAPIOCA, BOMBONES.

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

Sucursal, Montera, 8.

MADRID

DOCTOR PANDO Y VALLE

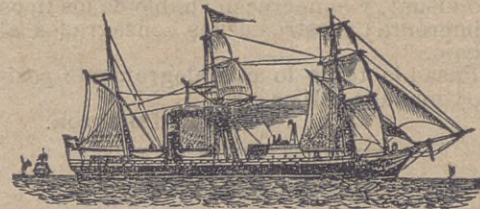
ESPECIALISTA

EN LAS ENFERMEDADES DE NIÑOS

27, Zurbano, 27

CONSULTA DE 10 A 2

VAPORES TRANSATLÁNTICOS DE DE PINILLOS, SÁENZ Y COMPAÑIA



SERVICIO MENSUAL

entre la PENÍNSULA y LAS ANTILLAS

El jueves 16 de Mayo saldrá de Cádiz el magnifico vapor

MIGUEL M. PINILLOS

de 5.000 toneladas y 2.500 caballos.

CAPITÁN ABRISQUETA

PARA

Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas, Puerto Rico, Habana, Santiago de Cuba y Cienfuegos.

Admiten carga y pasajeros de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase. Para pasajes, fletes y demás informes, dirigirse a los agentes generales en Madrid.

Sres. Lespés y Esnaola

14, TETUAN, 14

Consignatario y Gerente de la Compañía en Cádiz: D. Antonio Martínez de Pinillos, Santo Cristo, 2.

Consignatario en Barcelona: D. Rómulo Bosch y Alsina, Pino, 13.

NECROLOGÍA

20 pesetas.

60 pesetas.

35 pesetas.

20 pesetas.